

En qué medida es práctico el pensamiento (fragmento)

How Thought is Practical (fragment)

George Santayana

RESUMEN

El fragmento, inédito en español, pertenece al capítulo IX de *La razón en el sentido común*, libro primero de *La vida de la razón*, 5 vols. (1905-6) del filósofo hispano-norteamericano Jorge/George Santayana (Madrid, 1862-Roma, 1953). Santayana aborda aquí la relación entre mente y cerebro desde un naturalismo materialista, que ha asumido por completo la revolución intelectual darwinista, y mostrando ser un fino analista de la experiencia de la acción consciente. La traducción y la Nota son de Daniel Moreno Moreno.

Palabras clave: mente cerebro pensamiento consciencia

ABSTRACT

This fragment, translated into Spanish for the first time, belongs to chapter IX of *Reason in Common Sense*, first book of *The Life of Reason*, 5 vols. (1905-6). The Spanish/North-American philosopher Jorge/George Santayana (Madrid, 1862-Rome, 1953) addresses the relationship between mind and brain from his particular materialist naturalism, which has fully assumed the Darwinian intellectual revolution. He analyzes the experience of conscious action very accurately. The translation and the Note are by Daniel Moreno Moreno.

Keywords: Mind, Brain, Thought, Consciousness,

NOTA

TEXTO INÉDITO SOBRE MENTE Y CEREBRO

El fragmento se da a conocer por vez primera en español. El motivo radica en que la versión de *La vida de la razón* que vio la luz en Argentina en 1958 traducía la versión reducida de *The Life of Reason* que Daniel Cory, albacea literario de Santayana, había publicado en 1954, al poco tiempo de morir Santayana. Y de esa versión reducida se eliminó el capítulo IX completo, capítulo que, por un lado justificó y, por otro, matizaba la adscripción de Santayana al pragmatismo. En concreto, el fragmento seleccionado aborda la importante relación mente/cerebro de un modo que ilumina gran parte de las discusiones de la filosofía de la mente posteriores, y seguramente aliente la curiosidad de lectoras y lectores a seguir leyendo. La traducción se ofrece en primicia como adelanto de la próxima publicación, en la editorial ovetense Krk, del libro completo y está hecha a partir de la Edición crítica a cargo de Marianne S. Wokeck y Martin A. Coleman, publicada por MIT Press en 2011, *The Life of Reason. Introduction and Reason in Common Sense*, pp. 128-132. (« »)

*La razón en el sentido común* (1905) parte del trascendentalismo más estricto, del flujo continuo de la experiencia, para mostrar su necesario fundamento en un naturalismo materialista con acentos pragmatistas. Desde la experiencia primigenia, se descubren el nacimiento de la razón, los objetos naturales, la naturaleza, la mente propia y la de los demás, los valores y los ideales. Todo ello distinguiendo escrupulosamente entre las ideas y las cosas; y sin olvidar que, aunque la naturaleza geste el ideal, es el ideal el que dota de sentido a la naturaleza y a la vida humana. La razón, así, no es algo ajeno a la vida, como tantos filósofos irracionalistas han sostenido y sostienen en la actualidad, sino la vida en su incandescencia última; cuando, como decía Aristóteles, es propia de los dioses.

En cuanto al conjunto de *La vida de la razón*, el resto de libros tratan sobre: *La razón en la sociedad*, *La razón en la religión*, *La razón en el arte* y *La razón en la ciencia*. Todo un sistema filosófico, que asombra por su amplitud y que irá apareciendo anualmente en la citada editorial Krk. A este libro debió Santayana su prestigio en Estados Unidos, que aún perdura, siendo profesor de la Universidad de Harvard, y fue el que motivó la pregunta del entonces prestigioso polígrafo dominicano Pedro Henríquez Ureña: «¿Por qué España,

que con tanto empeño aspira a tener filósofos, no se entera de quién es Santayana» [«En la orilla», *Índice. Revista de definición y concordia*, 1 (1921), aforismo XIII, p. 4]. Como un eco, preguntó también, desde España, Eugenio D'Ors: «¿Por qué esta resistencia española a informarse sobre Santayana, famoso escritor, famoso filósofo, y nacido precisamente en Madrid?» [*Las noticias*, 3 de julio de 1921]. Preguntas que, lamentablemente, no han perdido su actualidad. Y eso que Antonio Marichalar abrió con ellas su artículo en la *Revista de Occidente* «El español inglés George Santayana» (1924), nº IX, pp. 340-359. Acaso cien años más tarde Santayana encuentre la recepción que se merece en su país de origen.

La bibliografía reciente de y sobre Santayana se encuentra disponible en:

<http://internationalconferenceonsantayana.blogspot.com/>

Los límites puestos a la observación hacen que las esferas mental y material estén muy lejos de coincidir, incluso se ven *grosso modo* como mutuamente suplementarias, de modo que la reflexión ha caído en la costumbre de entretrejerlas. El mundo, en lugar de ser un cuerpo vivo, un sistema natural con funciones morales, parece ser un híbrido biseccionable, mitad material, mitad mental, la torpe conjunción de un autómatas y un fantasma. Esos estados, considerados abstractamente, tal como ellos se presentan ante la atención humana, han sido considerados como hechos independientes y separables. A la experiencia, que en ambas regiones es bastante sensorial y superficial, se la ha permitido vincular un suceso puramente mental con otro puramente mecánico. El vínculo no es engañoso en la práctica porque las transformaciones mentales son realmente signos de cambios en los cuerpos; y en tanto que se defina causa como signo, puede decirse con verdad que los cambios mentales y físicos son causa el uno del otro. Pero tan pronto como esos augurios intentan salvar su crudo empirismo y establecer leyes fenoménicas, el factor mental tiene que caerse del proceso eficiente y ser representado ahí por aquello de lo que, tras un detenido examen, se verá que es signo, quiero decir, por algún suceso fisiológico.

Si los filósofos de la escuela cartesiana hubiesen adoptado de corazón, como hicieron los trascendentalistas alemanes, el *cogito ergo sum*, de su maestro y hubiesen considerado que, para el conocimiento, el mundo físico no es más que un instrumento que explica las sensaciones y su orden, podrían haber contado con el colapso de la mitad de su metafísica ante el avance de su ciencia positiva: si la existencia mental debía mantenerse en pie solo en base a su supuesta eficacia causal, nada podía evitar que el mundo en su conjunto se convirtiese de hecho en una *bête machine* [animal-máquina]. Los sucesos psíquicos carecen de vínculos por sí mismos salvo a través de sus órganos y sus objetos; la función del mundo material es, en realidad, proveer ese vínculo. La relación interna entre las ideas, por otro lado, es dialéctica; su reino es eterno y absolutamente irrelevante para la marcha de los sucesos. Por tanto, si tuviésemos que hablar de relaciones causales entre mente y cuerpo, tendríamos que decir que la materia determina la existencia y distribución de la mente, y que la mente determina el descubrimiento y valor de la materia. Buscar una causa eficiente, seguir una fuerza hacia atrás o investigar sus orígenes supone ya haberse dirigido en dirección a la materia y a las leyes mecánicas: ningún éxito en esa tarea puede dejar de ser un triunfo del materialismo. Por otro lado, buscar una justificación es volverse, con no menor resolución, en la dirección de los resultados ideales y de realidades de las que se han eliminado el carácter instrumental y el uso posterior. El espíritu carece de uso dado que es el fin de las cosas, pero no es vano dado que es lo único que salva a todo lo demás de ser vano. Se le llama práctico cuando resulta profético respecto a un cumplimiento mejor, y eso ocurre cuando las fuerzas se dirigen a usos buenos, cuando un organismo explora sus relaciones y extiende nuevos tentáculos con los que asir el mundo.

Vimos al comienzo que las exigencias de la vida corpórea le dieron su primera articulación a la consciencia. Una hazaña corporal, como nutrirse o reproducirse, es celebrada festivamente por la mente, y la consciencia es una suerte de ritual que, rezando, alegrándose o remordiéndolo, solemniza los principales episodios de los avatares del cuerpo. Los órganos seleccionan, dada su estructura, las impresiones que les son afines de entre las diversas influencias extrañas del mundo; todas estas, si los organismos animales

hubiesen aprendido a alimentarse de ellas, podrían haber ofrecido plausiblemente una base para la sensación. Todo instinto o impulso habitual selecciona, de entre las pasajeras afecciones corporales, aquellas que son pertinentes a su propia acción y que por consiguiente se adhieren al él y modifican su maquinaria reactiva. Las sensaciones prevalentes y destacadas son por tanto signos, señalando presumiblemente la presencia de objetos importantes para el bienestar del cuerpo o para la ejecución de sus tareas predestinadas. De modo que no solo los objetivos del alma transcriben las tendencias del cuerpo sino que todas las ideas están injertadas en la interacción de esas tendencias con las fuerzas del entorno. Las primeras imágenes quedan suspendidas sobre los deseos primarios igual que las más altas concepciones lo están sobre los logros últimos.

El pensamiento es esencialmente práctico en el sentido de que, si no fuera por el pensamiento, ningún movimiento sería una acción, ningún cambio un progreso; pero el pensamiento no es en modo alguno instrumental ni servil; es una experiencia realizada, no una fuerza a usar. Se ha de confiar en la espontaneidad misma que ha sugerido un bien en la naturaleza para lograrlo. Si miramos limpiamente los recursos reales de nuestras mentes, percibiremos que estamos tan poco informados respecto a los medios y procesos de la acción como respecto a la razón por la que los motivos nos mueven. Para ejecutar la intención más simple, hemos de contar con el destino: nuestros propios actos son un misterio para nosotros. ¿Sé yo como abro los ojos o cómo bajo las escaleras? ¿Es la sabiduría supervisora de la consciencia la que me guía en esas acciones? ¿Es la mente la que controla el aturdido cuerpo y la que señala el camino a los hábitos físicos sin estar segura de sus afinidades? ¿No es más bien un mecanismo automático interior el que ejecuta ese maravilloso trabajo mientras la mente capta aquí y allá algunas vislumbres de esa operación, ya encantada y de acuerdo, ya impotentemente rebelde? Decimos que nosotros actuamos cuando los impulsos trabajan por sí mismos sin impedimento, cuando son estorbados decimos que actúan sobre nosotros; pero en ningún caso comprendemos lo más mínimo la historia natural de lo que está sucediendo. Como mucho, la mente prevé vagamente el resultado de la acción: posiblemente queda en suspenso en la consciencia cierto sentido esquemático

verbal del fin que se ha de cumplir mientras se está realizando el acto; pero esa premonición es en sí misma el sentido de un proceso ya presente y desvela la tendencia en acción; obviamente, no puede ni ayudar ni dirigir el proceso mecánico desconocido que la produce y que ha de cumplir su propia profecía, si es que esa profecía tiene que realizarse, claro.

Que exista un mecanismo desconocido de ese tipo y que sea adecuado para explicar todas las, así llamadas, decisiones es en realidad una hipótesis muy lejana de ser verificada con detalle, aunque sea concebida según una analogía legítima con todo lo que conocemos sobre los procesos naturales; pero que la mente no sea la fuente de sí misma ni de sus propias transformaciones pertenece a la experiencia real; en efecto, el mundo es un dato de los sentidos inexplicable, en su existencia, en sus leyes y en sus percances. Las esperanzas más elevadas de la ciencia y de la moralidad están puestas solamente en descubrir esas leyes y en armonizar un conjunto de percances —hechos de la percepción— con otro conjunto —hechos de la preferencia—. El asunto esperado, si es que llega, ha de llegar en la mente; pero la mente no puede ser su causa puesto que, por hipótesis, ella no posee las ideas que busca ni tiene el poder de realizar las armonías que desea. Se ha de esperar a que estas lleguen y se han de pedir al destino; la voluntad humana, dado que no controla su base, no puede seguramente controlar sus efectos. Su existencia y sus esfuerzos tienen como mucho el valor de un buen presagio. Muestran en qué dirección se están moviendo las fuerzas naturales en tanto que están encarnadas en ciertas personas.

Los humanos son, como cualquier otra cosa del mundo, productos y vehículos de la energía natural, y sus operaciones son importantes. Pero su voluntad consciente, con su asertividad moral, solamente es un signo de esa energía y de los eventuales avatares de esa voluntad. Tanto el terror dramático como el talante dramático dependen ambos del contraste entre la fertilidad natural de una pasión y su intención consciente. En la vida humana todo es ominoso, incluso los actos voluntarios. Nosotros no podemos añadir ni un centímetro a nuestra estatura añadiendo pensamiento, pero sí que podemos construir un mundo sin significarlo. El ser humano está tan lleno de

potencialidades como de impotencia. Una voluntad que represente múltiples fuerzas activas y que sea hábil en la adivinación y el augurio podrá presumir de ser todopoderosa sin ser contradicha por los sucesos.

Que el pensamiento no se dirija a sí mismo se muestra mejor en los procesos más inmateriales. Luchando contra las fuerzas externas, los humanos, al ignorar sus yoes más profundos, atribuyen los efectos obvios de sus acciones a sus casuales ideas; pero, cuando el proceso es completamente interno, los factores reales se representan de modo más uniforme en la consciencia y se percibe mejor la naturaleza mágica e involuntaria de la vida. Mi mano, guiada por no sé qué mecanismo, añade en este momento una sílaba a otra sobre este papel para dar, quizás, cumplimento a mi intención consciente, aunque le dé a esa intención una articulación del todo imprevisible, y a menudo decepcionante. Los pensamientos a expresar se cuecen en mi cerebro con la consciencia a medias. Yo noto su carga y su tendencia sin ver su forma hasta que la serie mecánica de la asociación impulsiva, que comenzó con la atenta lectura de lo escrito antes o por la emergencia accidental de una idea nueva, enciende la luz y apresura las frases. Si eso ocurre en las actividades más reflexivas y deliberadas, como la de escribir, cuánto más ha de ocurrir en la acción decidida. «La suerte está echada», dijo César, sintiendo en sí mismo una decisión con la que ni podía contar ni evaluar sus múltiples causas; y eso dice cualquier intelecto fuerte y claro, cualquier carácter bien formado, asiendo a la vez con un instinto comprensivo tanto sus propósitos como los medios con los que se ha de lograr. Solamente el loco, cuya voluntad no es relevante, se enorgullecerá de haberla creado él mismo.